

## NAHUI OLIN, UNA MUJER DE LOS TIEMPOS MODERNOS

Por Juan Carlos Bautista

a Jorge O' Neill

Gerardo Murillo, el Dr. Atl, que pintó como nadie nuestros volcanes, retrató uno de enormes ojos verdes, con actitud de gata huraña y caliente y mirada triste. Nahui Olín la llamó: el poder que tiene el sol de mover el universo. "Mi nombre -decía ella- es como el de todas las cosas: sin principio ni fin".

Carmen Mondragón, su nombre de pila, fue una de las mujeres más bellas de su época, de "buena familia" (tan buena, que su padre, general huertista, fue uno de los principales artífices de la Decena Trágica), mujer que nació para ser libre, que escandalizó sin tregua con un deseo infinito que se consumía a sí mismo, como las antorchas de Barba Jacob.

Esta es la mujer de la que se empieza a hablar en México con un rumor creciente. Nahui la pintora y la poeta. Nahui la amante de artistas, la precursora, la mujer libre. Nahui la trágica. La que abrió su casa al deseo de la plebe. El fantasma de la Alameda, la manolarga de los camiones, la vieja buscona, la que murió en la miseria, sola con sus gatos barriobajeros y entre los brazos de un monigote de trapo. Siguiendo puntualmente la consigna wildeana, puso el talento en sus obras y el genio en su propia vida. Mujer genial, sepultada en el olvido.

"No entiendo por qué una mujer de su talla estuvo tanto tiempo olvidada, una mujer que estuvo en el centro del movimiento cul-

tural de su época", se pregunta Tomás Zurián, "su último amante, el definitivo".

-Su obra, ¿es importante?- le preguntamos a quien también es el curador de la exposición Nahui Olín, una mujer de los tiempos modernos, que por estos días se puede visitar en el Museo Estudio Diego Rivera.

-En los veinte no hay ninguna otra mujer que destaque en la cultura y el arte de México -nos responde. Frida Kahlo está en ciernes, también María Izquierdo. Pero Nahui comienza muy temprano. Es la mujer que abre surcos, que traza caminos, que rompe convencionalismos. Sin ella detrás, realmente hubiera sido difícil el tránsito de las mujeres al terreno de la cultura, al reconocimiento de sus valores creativos. En este sentido, creo que Nahui es una renovadora, una revolucionaria, una mujer que enfrentó con entereza impresionante todas las limitaciones que su época imponía a las mujeres.

-Entonces, su principal aportación fue como pionera de actitudes.

-Pienso que sí, entre otras cosas. Pionera de actitudes, porque Nahui es la primera mujer después de la Revolución, y tal vez desde antes, que se lanza a realizar cosas que estaban reservadas a los hombres. En ella el ecándalo no proviene de un deseo explícito de irritar a las buenas conciencias, a veces lo provoca inconscientemente. Ella hacía sus cosas sin pensar si eran escandalosas o no. Para 1921, Nahui Olín está inserta en la vida cultural de México, participando en exposiciones, en cenáculos literarios. Es una etapa muy intensa.

Estamos sentados en una banca, a un lado del museo. Tomás Zurián habla con voz a veces susurrante, siempre llena de pasión. Me muestra



las fotografías de Nahui que trae en la cartera, una para cada día de la semana: Nahui con trenzas, o trasquilada, o pelona a los Sinéad O'Connor, o glamorosa y altiva. Y las más audaces, las del sábado y el domingo, pero esas son para verlas sólo él.

Su pasión por ella, cuenta, nació hace catorce años, cuando descubrió su retrato en casa de un coleccionista de arte. Desde entonces empezó a rastrearla, a preguntar detalles de su vida a quienes la conocieron, a seguir sus pasos por las calles de perdición, que Nahui frecuentaba desde los trece años; por el ex-convento de La Merced, donde vivió con el Dr. Atl; por Hollywood, a donde llegó triunfante y de donde regresó sin explicaciones, tal vez decepcionada y harta; por la Alameda, refunfuñando llena de amargura y de plastas de maquillaje. Años para saber apenas un poco sobre ella. "Si leyéramos cien libros sobre la historia del arte en México-afirma Tomás-, apenas sacaríamos tres cuartillas sobre Nahui Olín. Tuve que empezar desde cero, prácticamente."

Fue hasta hace poco más de dos años, cuando, en una plática con Blanca Garduño, la directora del Museo-Estudio Diego Rivera, prendió el interés por realizar una investigación más amplia, apoyada por Bellas Artes y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Los productos de esta investigación están amorosamente colocados en los pequeños recintos del museo, adonde uno se siente todo rodeado de Nahui, mirando con ojos de niño los mismos circos y las mismas corridas de toros que ella vio, y abrazando a sus amantes-hermosos como Nahui, como si la pintora-Narciso se maquillara en sus hombres la misma boca de corazón y los mismos ojos enormes. Son más de 150 objetos en exhibición, entre óleos y dibujos de Nahui (65), sus libros, los retratos que le hicieron Rivera, el Dr. Atl,



Roberto Montenegro, Matías Santoyo, Rosario Cabrera, y las fotos que le tomaron la Metro-Goldwyn Mayer, Antonio Garduño, y sobre todo las amargas fotos de Edward Weston, que es el que mejor la vio en toda su tragedia.

-Has dicho la palabra correcta -acota Tomás Zurián-. La vida de Nahui fue una tragedia, como la de los grandes personajes abatidos por la fatalidad, pero no destruidos. Nahui optó por la soledad ante la incomprensión de su época. Su actitud me recuerda la de Wilde, a quien la sociedad inglesa, luego de sus escandalosos amores con lord Alfred Douglas, pide que se largue porque es indigno de Inglaterra. Y él dice: Pues no me voy. Pero, luego, pensando mejor las cosas, rectificó: Me voy, porque los ingleses son indignos de mí. Y se fue a París.

La exposición, que estará montada hasta fines de marzo y luego viajará al interior del país y a los Estados Unidos, ha tenido un éxito que ni el mismo Zurián previó. Mucha gente la visita, cantidad de jóvenes y sobre todo mujeres, muchachas que salen con el rostro encendido como una manzana. Radiantes. recuerdo a la terrible Raquel Tibol a quien gustó mucho la exposición, aunque parecía más fascinada por la vida de Nahui Olín que por su obra. Recuerdo también a Paco Ignacio Taibo quien escribió que la exposición era una tomadura de pelo.

-Perdona que insista, Tomás, ¿pero es verdaderamente importante la obra de Nahui Olín?

-Generalmente tiende a ubicarse su pintura dentro de la corriente pictórica del naïf, el arte inocente, primitivo, no académico. Pero Nahui Olín rebasa los estrechos horizontes de esa expresión plástica. Su concepto del color es muy audaz y podríamos entroncarlo con el



desarrollo de la pintura fauvista que se da a principios de siglo. Ella crea un estilo propio, pero, además, aparte de tener valores plásticos muy sólidos, su pintura inaugura audacias no conocidas en la pintura mexicana, pues es una de las primeras mujeres, yo creo que en todo el mundo, que es capaz de representarse en un acto amoroso con total libertad e inocencia. Habría que investigar si hay algún otro pintor a nivel internacional que antes de los cincuenta se pinte en retratos amorosos con la libertad con que lo hizo Nahui Olín. Además, nahui no fue una dilettante, fue una pintora que siempre estuvo pintando.

A Tomás Zurián se le nota que está enamorado. Lo delatan la voz y la mirada. Lo delata esta exposición. Dichoso de él. Pobre.

El aire frío de la tarde llega a nuestra banca y la charla tiene que concluir. Detrás de nosotros el viento es como Nahui preguntándole otra vez a Tina Modotti: "¿Tú nunca has entrado desnuda al mar?"